

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

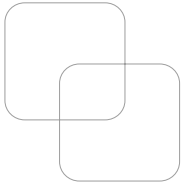
Vida Consagrada



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2017



Presentación
Testimonios



Testigos de la esperanza y la alegría



**JORNADA MUNDIAL
DE LA VIDA CONSAGRADA 2017**

Presentación
Testimonios

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-43200-2016

JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

TESTIGOS DE LA ESPERANZA Y LA ALEGRÍA

2 DE FEBRERO 2017

El día 2 de febrero es la fiesta de la Presentación del Señor en el templo. Desde el año 1997, por iniciativa de san Juan Pablo II, se celebra ese día la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. En ese día miramos a la vida consagrada y a cada uno de sus miembros como un don de Dios a la Iglesia y a la humanidad.

Juntos damos gracias a Dios por las Órdenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares, por el Orden de las vírgenes, por las Nuevas Formas de vida consagrada y por otros grupos de consagrados, como también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración.

El lema escogido para este año es: «Testigos de la esperanza y la alegría». La esperanza y la alegría son dos palabras que atraviesan los mensajes del papa Francisco a toda la Iglesia y especialmente a la vida consagrada. También la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica escribió una preciosa carta a todos los consagrados titulada *Alegraos*, con motivo del Año dedicado a la vida consagrada.

Signo de esperanza. El papa Francisco en la carta apostólica a todos los consagrados, con ocasión del Año de la Vida Consagrada, al señalar los objetivos, proponía, como tercer objetivo, *abrazar el futuro con esperanza*. He aquí algunas de sus expresiones: «Conocemos las dificultades (...): la disminución de las vocaciones y el envejecimiento, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social... Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: “No tengas miedo, que yo estoy contigo” (Jer 1, 8). La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2 Tim 1, 12) (...). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, (...) conscientes de que hacia Él es donde nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros» (I, 3).

La presencia de las personas consagradas en la Iglesia y en el mundo, animada por un auténtico espíritu religioso y misionero, tiene que ser signo y semilla de esperanza tanto en ambientes secularizados como en contextos de

primer anuncio. Para ello es necesario que la vida consagrada, en sus múltiples formas y carismas, viva una renovada unión fraterna y se mueva en las fronteras, en los extrarradios del mundo, en los descampados existenciales, donde tantos están como ovejas sin pastor y no tienen qué comer (cf. *Mt* 9, 36).

Donde hay religiosos hay alegría. El mismo papa Francisco en la carta apostólica antes citada, al hablar de las expectativas para el Año de la Vida Consagrada, escribía: «Que sea siempre verdad lo que dije una vez: *Donde hay religiosos hay alegría*. Estamos llamados a experimentar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida» (II, 1).

Hoy hacen falta personas consagradas que nos hablen de la alegría, pero de una alegría profunda y verdadera, que nace de la *oración*. No se puede estar alegre si no se vive en la profundidad de la oración. San Pablo une alegría y oración: «Estad siempre alegres. Orad constantemente» (1 *Tes* 5, 16-17).

La esperanza y la alegría caminan juntas. La esperanza da a la alegría su *autenticidad cristiana*, pues hace de la alegría presente una pascua continuamente inacabada antes de la pascua definitiva en la que la humanidad resucitada entrará en la plenitud de la salvación (cf. *Rom* 8, 24). A su vez, la alegría da a la esperanza su *verdad*, ya que le da la posibilidad de experimentar, como en su fuente y en su fin, lo mismo hacia lo que tiende.

La santísima Virgen María, Mujer consagrada a Dios, es Madre de nuestra esperanza y causa de nuestra alegría. Ella nos enseña a vivir con paz, plenitud y esperanza alegre el seguimiento fiel de nuestro Señor Jesucristo. Nuestra Señora es la Madre que presenta en el templo a su Hijo al Padre, dando continuación al “sí” pronunciado en el momento de la Anunciación. Que Ella sostenga y acompañe siempre a las personas consagradas en su vocación, consagración y misión.

✠ VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA
Arzobispo de Zaragoza. Presidente de la CEVC

TESTIMONIO DE VIDA RELIGIOSA

Un amor que genera esperanza y alegría

Mi servicio en la Cañada Real de Madrid, en colaboración con la Cáritas de la Vicaría IV, me situó, desde el inicio, sobre el proyecto que Dios tenía para mí como instrumento para llegar más cerca de su pueblo amado, siendo mediadora con cada persona en el camino a recorrer en su propia liberación, testimoniando a Jesús con mis gestos concretos de acogida y cercanía, con creatividad en el anuncio del Evangelio.

Este hermoso viaje me lleva cada día a descubrir la Vida; es mi meta de felicidad, mi alegría de vivir y la fascinación por la vida de los demás. Cuando a mi alrededor esta vida carece de lo más esencial y significativo, siento con fuerza que Jesús me invita cada día a ir por estos caminos difíciles de abordar, para testimoniar que es el mismo Dios el que nos regala la vida con perspectivas esperanzadoras.

La alegría y la esperanza aparecen de nuevo en mí al ser contagiada por las 110 mujeres que a través de la intervención individualizada, alfabetización y gestión de cheque Pro-infancia transmiten la posibilidad de un futuro en el que el amor es posible y más real. La felicidad no es cuanto poseo, sino cuanto saboreo ejercitando la esperanza y el amor en este compromiso con los más pobres.

No es una teoría bonita o incluso atrayente; sencillamente, merece la pena. Persigo un único sueño: que los últimos de esta sociedad descubran el amor de Dios en sus vidas y lo experimenten. Un sueño que tiene rostros y nombres. Hoy mi vida tiene sentido porque junto a ellos, como Hija de la Caridad, se hace posible la presencia del Amor de Dios entre sus favoritos.

ANTONIA LEAL SÁNCHEZ, H.C.

TESTIMONIO DE VIDA CONTEMPLATIVA

Esperanza alegre y alegría esperanzada

Antes que nada me voy a presentar: me llamo sor Yolanda Germán Zurriarain, hace 39 años que el Señor me regaló nacer en una familia muy creyente y practicante de San Sebastián (Guipúzcoa), siendo la menor de seis hermanos (dos varones y cuatro chicas), de los cuales los dos chicos son sacerdotes seculares en la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, y una de las hermanas es monja de la Congregación Cisterciense de San Bernardo, en un pueblo de la misma diócesis.

Desde muy pequeña sentí la llamada del Señor y su cuidado paternal y amoroso, yo diría, que rozando hasta el “mimo”, creciendo en un clima, en un ambiente familiar de unidad, cariño, respeto, piedad y formación cristiana, que me ayudó y fue muy propicio para escuchar esta llamada. Además, de una manera muy específica, el Señor fue marcándome el camino, el proyecto amoroso que Él tenía pensado para mí, desde toda la eternidad, orientándome hacia la vida contemplativa, concretamente, en la Orden de Predicadores, siendo dominica contemplativa de clausura. Pero, antes de ingresar en el monasterio de Santo Domingo de San Sebastián, quiero destacar y contaros dos hechos muy importantes y decisivos que me sucedieron y fueron el acicate para ingresar en esta comunidad. El primero, ocurrió en el monasterio de mi hermana, en una de las visitas que mi familia y servidora le hicimos. Durante la acción de gracias de la eucaristía conventual, yo me encontraba orando, imbuida en un diálogo cariñoso con el Señor, y, de repente, sentí interiormente la respuesta que Él me dio a lo que yo le estaba preguntando: «Jesús, ¿quieres que sea tu esposa en esta comunidad?». Él me dijo: «Tú serás mía, pero aquí no...». Lo que sucedió después os lo dejo en la incógnita...

Y el segundo me pasó en mi monasterio; me invitaron a unas bodas de plata de profesión religiosa de dos hermanas de la comunidad, y en el momento en que les oí decir en la fórmula de la profesión: «seré obediente, hasta la muerte», y verles darse entre ellas un abrazo sincero y fraterno, inmediatamente sentí interiormente un “calambrazo”, un “latigazo”, percibiendo en ello la respuesta del Señor, que me dijo: “este es tu sitio, aquí te quiero”. Empecé a llorar de emoción y agradecimiento al Señor, llenándome de esperanza y alegría, porque me había dicho claramente cuál era su santa voluntad.

A partir de aquí, todo lo estimé basura, con tal de ganar y conocer a Cristo y que otros lo amen, lo conozcan y se salven; y con 16 años, el 11 de febrero de 1993, hace ya 23 años, ingresé en el monasterio de Santo Domingo de San Se-

bastían con mucha ilusión y alegría, poniendo toda mi esperanza y confianza en el Señor, compartiendo y viviendo actualmente con una comunidad de 16 hermanas, el seguimiento de Jesucristo, según el carisma de santo Domingo de Guzmán (la Orden de Predicadores), asociadas, con nuestra oración, silencio, penitencia, trabajo, estudio y vida fraterna a la santa predicación, con una larga trayectoria de 800 años contemplando la Palabra y dando a los demás lo contemplado.

SOR YOLANDA GERMÁN ZURRIARAIN, O.P.

TESTIMONIO INSTITUTO SECULAR

Testigos de la esperanza y la alegría

A la sombra de la cruz. Parece contradictorio empezar a hablar sobre la esperanza y la alegría haciendo mención a la cruz. Pero es justo ahí donde yo vivo estos dones que el Señor regala a todo aquel que se decide a entregarle por completo su vida.

A la sombra de la cruz he descubierto a un Dios que me ama. Es más, un Dios totalmente enamorado de mí. Con la vida herida y el corazón abierto, me acoge con un amor que nadie me ha tenido nunca. Mi Dios crucificado, que se ha empeñado en buscarme un sitio junto a Él, corriendo su misma suerte. La cruz es el lugar de las bodas, donde el Señor me desposa con Él, donde la alianza de amor alcanza su unión plena.

Es a la sombra de la cruz donde he escuchado tantas veces su promesa, una promesa de fecundidad y de felicidad: «Te haré inmensamente fecunda». A mí, llamada a ser *madre* por vocación, por puro don de Dios. Ser *madre* al estilo de la Madre, desde los detalles pequeños que van construyendo a mi alrededor un ambiente de comunión, de cercanía, de paz, de sinceridad, de profundidad...; así me va haciendo madre feliz de hijos.

Es a la sombra de la cruz donde Dios Padre me configura con su Hijo, donde me muestra cuál es mi sitio: en la cruz, junto a mi Esposo. Y así, con ese amor de Padre que le caracteriza, *todo-bondadoso*, me recuerda día a día que *al Amor que te lleva no le preguntes dónde*.

Feliz. Feliz de vivir la alegría del Evangelio, de la vida entregada hasta el extremo, del morir diario que supone estar en las cosas del Padre y volver al Padre todas las cosas. Feliz por la esperanza de saber que Dios cumple su promesa, que en el Corazón de María me forma madre, fecundísima por su gracia. Totalmente Él en mí; yo totalmente suya.

MARÍA PIEDAD AMIGO
Filiación cordimariana

TESTIMONIO ORDO VIRGINUM

La alegría que transforma

Vivimos en un mundo convulso, lleno de problemas provocados por el orgullo, la incomprensión, la insensatez, la falta de veracidad, la falta de diálogo y el sinsentido de muchas cosas; tanto es así que uno podría llegar a pensar que ya nada tiene solución, que las cosas son como son y no es posible el cambio.

La verdad es que quiero resistirme a esta idea. Quiero creer que el cambio es posible; quiero creer que he venido a este mundo para aportar algo; quiero creer que estoy donde estoy para ser semilla transformadora; quiero creer que, con amor, se puede todo.

Soy virgen consagrada desde junio de 2008. El Señor me llamó a vivir un carisma precioso, el carisma del Orden de las vírgenes, un carisma que me permite vivir mi consagración en medio del mundo. Esto me obliga, me intimida a ver en el “otro” un hermano; me apremia a abrir los ojos para acoger las necesidades y acercarme a quien lo necesite; me compele porque, en mi encuentro con los hermanos, debe florecer ese amor en el que creo: un amor capaz de transformar la aridez en tierra buena.

«Testigos de la esperanza y la alegría» es el lema de este año para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. ¡Cuántos testigos valientes, alegres y esperanzados se necesitan! Y es que hace falta valor para hablar con alegría de Jesús a quien todavía no lo conoce; pero, «¿cómo van a creer, si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a oír, si nadie les anuncia el mensaje?» (Rom 10, 14). ¡El mensaje de Jesús nos apremia!

La verdadera alegría, la que se contagia, es la alegría que proviene del seguimiento de Jesús, la que nos da el Espíritu Santo (cf. Lc 10, 21); es la alegría por la conversión del pecador (cf. Lc 15, 7); alegría de recibir a Jesús en casa, como lo hizo Zaqueo (cf. Lc 19,6); la fecunda alegría nacida de la intimidad con Aquel que todo lo puede, como la de María Magdalena al oír su nombre de labios del Resucitado (cf. Jn 20, 16-18). ¡Esta alegría genera esperanza! La esperanza de la escucha, de la comprensión y del consuelo para ser, en este mundo, testigos de un mundo distinto, y así, junto al salmista, poder proclamar: «¿Por qué voy a desanimarme? ¿Por qué voy a estar preocupado? Mi esperanza he puesto en Dios, a quien todavía seguiré alabando. ¡Él es mi Dios y salvador!» (cf. Sal 42, 5).

TERESA LOURDES GENÉ CAMPS, o.v.
Diócesis de Solsona · Delegada diocesana de Vida Consagrada

TESTIMONIO NUEVAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA

La misión en la “Familia Eclesial de Vida Consagrada”

En nuestros días somos testigos de la ilimitada fecundidad del Espíritu Santo y los infinitos modos de imitar a Jesucristo, quien es inagotablemente capaz de suscitar en cada época y para cada situación y necesidad diversidad de carismas y nuevas comunidades que quieren poner de relieve en su estilo de vida alguna dimensión especial de su vida.

Son cientos y cientos los bautizados que participan de estas nuevas comunidades que, al igual que en las primeras comunidades cristianas se sienten llamados a ser testigos de Cristo y dar respuesta sin reservas a la iniciativa de Dios, que desea hacerse presente en medio de un mundo sediento y desorientado.

Dios llama a seguirle, no de forma solitaria, sino siendo signos de comunión, formando células vivas y nuevas comunidades dinámicas y evangelizadoras. Estas nuevas “Familias eclesiales de vida consagrada” nacen como iconos de la Iglesia, y se presentan como testigos entusiastas, convencidos de que es posible la comunión, en medio de una humanidad rota, dividida y fragmentada, siendo así anunciadores y testigos creíbles del Evangelio, con renovadas y esperanzadoras propuestas capaces de edificar una nueva civilización digna de la vocación del hombre.

Los encuentros nacionales e internacionales con participación de representantes de nuevas y diversas comunidades, tanto de derecho pontificio como diocesano, confirman la importancia decisiva de la comunión y la fraternidad entre los distintos estados de vida. Todos los fieles son corresponsables de la acción misionera, y es vital para la nueva evangelización la comunión entre los miembros del Pueblo de Dios: laicos y sacerdotes, mujeres y hombres, jóvenes y adultos, solteros y casados. Todos ellos, hermanos entre sí y miembros de una misma familia eclesial, unidos en la diversidad e iguales en la vocación, son llamados a colaborar eficazmente en la evangelización y en la tarea de despertar nuevos caminos constructores del Reino.

«Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (Sínodo de la Nueva Evangelización, *Lineamenta* 25).

«Seremos testigos de Cristo más con nuestras vidas que con las palabras, más por el conocimiento y experiencia personal de Jesús que por la ciencia teórica, más por la vivencia interna e íntima unión con Él que por la forma y apariencia exterior. Sintiendo el deber ineludible y urgente de ser ante el mundo signos vivos e inequívocos que griten como “desde los terrados” (cf. Mt 10, 26) la vida y doctrina de Jesús de Nazaret» (Jaime Bonet).

TERESA RODRÍGUEZ ARENAS
Fraternidad Misionera Verbum Dei
Vicecanciller, arzobispado de Granada

TESTIGOS DE LA ESPERANZA Y LA ALEGRÍA

*Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos.
Que vuestra alegría la conozca todo el mundo.*
(Flp 4, 4)

La alegría en el Señor es vuestra fortaleza
(Neh 8,10)

La esperanza es una de las tres virtudes teologales que caracterizan la vida cristiana junto a la fe y la caridad. La fe misma es esperanza y la caridad es el ejercicio activo de la fe. La palabra *esperanza* es central para la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras *fe* y *esperanza* parecen intercambiables¹. La fe es la sustancia de la esperanza porque la fe nos da la posibilidad de experimentar la vida eterna, ya aquí, en la tierra, como un anticipo y su más clara garantía². La esperanza del cristiano es una esperanza fiable; sin fe no cabe esperar, sin esperanza fácilmente el ser humano se desespera ante el sufrimiento; sin fe ni esperanza se hace casi imposible la caridad de modo verdadero, fecundo, auténtico. Sin trascendencia, sin Dios, el mundo yace en la oscuridad y marcha abocado al vacío del sinsentido de la muerte (cf. Ef 2, 12). Cuando falla la esperanza nos embarga la aflicción y una tristeza que puede derivar en depresión (cf. 1 Tes 4, 13).

Los cristianos, los consagrados, ante las dificultades del presente y las múltiples pruebas por las que todos pasamos, están llamados a poner su confianza y su esperanza en el Señor, que nunca nos abandona. Ese mismo cimiento sólido (la fe esperanzada y la esperanza creyente) nos lleva a la entrega constante en la caridad, especialmente hacia los más necesitados. Y todo ello nos hace testigos de esa alegría en el Señor que nada ni nadie nos puede arrebatar (cf. Jn 16, 20-23).

Sabemos que existe una enfermedad espiritual que la tradición cristiana ha llamado *acedia* y de la que el papa Francisco nos advierte con toda claridad en su programática exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (nn. 81-86). Consiste básicamente en no ser capaz de alegrarse ante las cosas buenas, ante los dones de Dios, que de por sí son fuente misma de alegría y bendición. Inicialmente es como la blanca termita que, imperceptiblemente, se adentra en el interior de la madera y la va carcomiendo por dentro, hasta el día en que se viene abajo lo que parecía externamente un robusto edificio. La *acedia* epi-

¹ Cf. BENEDICTO XVI, carta encíclica *Spe salvi*, n. 2.

² *Ibid.*, n. 10.

ritual deriva tantas veces en *acedia pastoral*, y entonces la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad, oscuridad, cansancio interior, apolillamiento del dinamismo apostólico³.

Hemos de reconocer que no siempre damos un testimonio creíble de la alegría cristiana, la alegría evangélica. Nerviosos y tensos, preocupados, ocupados y hasta “súper-ocupados”, olvidamos –también en la vida consagrada– que mostrar a todos la alegría auténtica de servir al Dios del gozo, al Dios de la Pascua que nos ha alcanzado con su amor y salvación, es nuestra primera misión y un apostolado eficaz. La verdadera alegría es independiente de las horas felices o amargas, de los días de vigor o de fatiga, de la juventud o de la ancianidad, de la salud o la enfermedad, de la pobreza o la riqueza. Su origen está en Dios, «el Dios de mi alegría» (*Sal* 43, 4), fuente de todo gozo auténtico y duradero⁴.

El ya lejano 1 de diciembre de 2012, se celebró en Madrid la IV Jornada sobre la Vida Consagrada de la Iglesia en España, participando –entre otros prelad– el prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de la Vida Apostólica, S.E. el cardenal João Braz de Aviz. Nos ofreció una preciosa ponencia en la que habló reiteradamente de la necesidad que tiene el mundo del testimonio de la alegría por parte de todos los consagrados. Su misma disertación suscitó una sincera alegría entre los presentes, confirmando y acrecentando en el corazón de los participantes el entusiasmo por ser de Cristo. Y es que nuestra alegría no proviene del éxito pastoral o profesional; tampoco de las fuerzas propias o los talentos; no se encuentra en la ausencia de prueba o sufrimiento, y menos en los ídolos tiránicos de este mundo... La verdadera alegría, consistente, duradera, auténtica, radica aquí: *ser de Cristo, ser en Cristo y ser para Cristo*. Siempre. En la vida y en la muerte, somos del Señor (*Rom* 14, 8), y nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (cf. *Rom* 8, 35-39).

La alegría cristiana es comunión con los sentimientos del Hijo, y consiste en amar con el Corazón misericordioso de Jesús. La alegría de los consagrados radica en la propia vocación, el misterio de la llamada y la elección de Dios en Cristo. La alegría está en el encuentro con el Señor, presente en su Iglesia y en todo prójimo necesitado, como muy bien testifica el papa Francisco que también es consagrado: «La alegría nace de la gratuidad de un encuentro. Es escuchar: *Tú eres importante para mí*, no necesariamente con palabras. Y es precisamente esto lo que Dios nos hace comprender. Al llamarnos, Dios nos dice: *Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo*. Jesús, a cada uno de nosotros, nos dice esto. De ahí nace la alegría. La alegría del momento en que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse

³ Cf. FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n. 83.

⁴ Cf. SAN JUAN PABLO II, exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*, nn. 51 y 88.

amado por Dios, sentir que para él no somos números, sino personas; y sentir que es él quien nos llama. Y la alegría del encuentro con él y de su llamada lleva a no cerrarse, sino a abrirse; lleva al servicio»⁵.

Y es que la alegría es una cosa seria. La alegría es cuestión de contenido, de madurez y solidez interior, de experiencia y sabiduría de vida. Descubrir el «tesoro escondido en el campo» produce tanta alegría que uno lo deja todo por adquirirlo (cf. *Mt* 13, 44). Los consagrados, como María y José el día en que presentaron y ofrecieron a Dios a su pequeño en el Templo, están llamados a ser un canto al Dios que «alegra mi juventud» (cf. *Sal* 42, 4) y también «mi senilidad». Alcanzados por el Amor, son convocados a la alegría de la fe, el gozo de la esperanza, y la entrega en la caridad. Es el Amor divino manifestado en Cristo Jesús, amor concreto y personal que se nos ofrece a cada uno y nos congrega en la unidad y para la misión, lo que provoca una fiesta sin fin en el corazón, volviéndonos así testigos del Resucitado: una gracia que, al ser acogida, «nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría»⁶.

*«No seáis nunca hombres, mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo.
Nunca os dejéis vencer por el desánimo.
Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas,
sino de haber encontrado a una persona, Jesús (...).
No os dejéis robar la esperanza».*

FRANCISCO, *Homilía* (24.III.2013).

RAFAEL BELDA SERRA, CVMD
*Director del Departamento de Formación y Publicaciones
Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada*

⁵ FRANCISCO, *Discurso* (6.VII.2013).

⁶ FRANCISCO, carta encíclica *Lumen fidei*, n. 7.

TESTIGOS DE LA ESPERANZA Y LA ALEGRÍA

Conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social... Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (*Jer 1, 8*).

La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. *2 Tim 1, 12*) y para quien «nada es imposible» (*Lc 1, 37*). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, al que debemos seguir mirando, conscientes de que hacia él es donde nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros.

No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas. Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela. Con Benedicto XVI, repito: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz –como exhorta san Pablo (cf. *Rom 13, 11-14*)–, permaneciendo despiertos y vigilantes»¹. Continuemos y reemprendamos siempre nuestro camino con confianza en el Señor.

Me dirijo sobre todo a vosotros, jóvenes. Sois el presente porque ya vivís activamente en el seno de vuestros Institutos, ofreciendo una contribución determinante con la frescura y la generosidad de vuestra opción. Sois al mismo tiempo el futuro, porque pronto seréis llamados a tomar en vuestras manos la guía de la animación, la formación, el servicio y la misión”.

FRANCISCO

Testigos de la alegría. Carta apostólica a los consagrados

¹ BENEDICTO XVI, *Homilía* en la fiesta de la Presentación del Señor (2.II.2013).



